



CRÓNICA DE UN PREMIO SORPRENDENTE (REYES O LA COJONES)

Por Isabel Fonoll

Era una mujer bajita y regordeta que dedicaba la mayor parte de su pensamiento, tiempo y dinero a la comida. Pero, una vez casada, fue a vivir al barrio de Las Amelias. Allí descubrió la existencia de la clase obrera y el filón que de ello se podía obtener. Y vaya si lo rentabilizó. Aunque su nombre fuera de lo más normal, a partir de entonces le gustó hacerse llamar Reyes, el plural de rey y reina a la vez. Pero, como pude comprobar, es más conocida en el barrio como “la Cojones”.

Un día de principios de setiembre, la directora de la escuela Enric Morera reunió a padres y maestros para formalizar la creación de un comedor escolar. Había sido un tema que había dado pie a discusiones muy agrias el curso anterior y, ante la divergencia de opiniones, se había decidido aplazarlo para setiembre. Ahora, la directora tenía una nueva estrategia: había nombrada a una comisión ejecutiva de personas de valor para no dar así opción a agrios debates.

Así que salió a la puerta y fue desgranando uno a uno los nombres de los miembros de la comisión: Arévalo, Zafra, Martínez Araujo. Delante de mí, unas señoras comentaban lo acertado de los nombramientos sin prestar atención a otra asistente que se sentaba cerca de ellas. La señora en cuestión empezó a moverse nerviosamente de derecha a izquierda. Luego dio un par de saltitos y alzó la voz para llamar la atención, pero nada dio resultado. Ni la vieron ni la esperaban, porque no estaba en esa lista. Así que se puso muy furiosa y, con los brazos en arco y moviéndose nerviosamente, empezó a gritar: “¡Yo tengo cojones para eso y para más! ¡Yo sí tengo cojones para el comedor escolar y para lo que salga! ¡Me necesitan, porque yo sí tengo cojones!”.

Para su desgracia, nadie le hizo caso. En cambio, el mote de la Cojones la acompañó toda su vida. Ella procuraba dar la imagen de mujer culta, pero nunca dio el pego. Menos cuando les interesó.

Años después, cuando yo ya rozaba la jubilación, me matriculé en un taller de esmalte artístico. Cierta día, estábamos de cháchara y una de las asistentes empezó a explicar aventuras de sus primeros años laborales: “Había una mujer llamada la Cojones, con aspiraciones de grandeza y señorío”, empezó. Yo no conocía a mi compañera de nada, pero la historia era real y todo encajaba a la perfección. “Y ya podéis asombraros”, prosiguió, “que hasta le han hecho un homenaje y la han puesto como modelo de mujer culta y buena ciudadana”, concluyó.

“¡Vivir para ver!”, rematé yo, que reconocí a la protagonista de la historia al instante y no tuve ganas de añadir nada más. Pese a los años transcurridos, ni mi compañera de taller ni yo



habíamos olvidado esas amargas historias protagonizadas por la dictatorial Reyes. Aunque no nos conociéramos, las dos coincidimos en el barrio y en el tiempo. “A Las Amelias no he vuelto jamás. ¿Sabes qué hago yo si me cruzo a su hijo por la calle?”, me dijo. “¡Cambio de acera! Su madre me daba pavor”. Yo asentí con la cabeza lentamente.

Contrabando

Reyes se paseaba triunfalmente entre los padres que esperaban la salida de los alumnos del Morera. Iba con su pitillo en la boca, cargada, como de costumbre, de botellas de whisky y coñac. Saltaba de grupo en grupo repartiendo botellas y cobrando, pero no había paz. Cada vez que salía de uno de aquellos corros, se oían gritos airados. Cuando llegó cerca de mí le soltó a uno de los padres: “Toma, Juan, el coñac que me pediste está aquí. Son siete pesetas”.

- ¿Cómo que siete pesetas? ¡Para eso lo compro en la bodega del barrio!
- Mira, Juan. Esta no es una botella robada, sino comprada. Me cogieron y tuve que pagarla. Y yo me tengo que ganar la vida, que esto lo hago para comer y para mis gastos.

Así que Juan no discutió y pagó, pero no sin comentar, con ironía, que era una pena que la pobrecita tuviese que robar para comer.

Siempre sospeché que esos dos tenían vidas paralelas y no sabían uno del otro. En efecto, en febrero hubo un incidente ilustrativo. Había una asamblea conjunta de padres y maestros, en el luminoso gimnasio, en el que las sillas se habían dispuesto en círculo. Soy incapaz de recordar el orden del día, porque lo que pasó difuminó absolutamente cualquier recuerdo normal.

Empezaba la reunión cuando se abrió la puerta y entró una mujer bajita, vestida completamente de negro y con un largo velo oscuro y traslúcido. El sol le daba de lleno y formaba en torno a ella un halo circular circense. Un chico que estaba sentado a mi derecha le echó una mirada rápida y empezó a reír a carcajadas. Yo estaba asustada, algo muy grave le habría pasado a esa pobre mujer, quizá la muerte de un ser cercano. Avanzó lentamente, con solemnidad, acompañada de un niño pequeño. Al llegar a la mesa, se dirigió a un hombre y le dijo con aire temeroso: “Bueno, me voy. Nos veremos el lunes”. El hombre se puso primero rojo y después blanco. Se le veía agitado y sin saber qué hacer. Ella se dio la vuelta y comenzó a salir. Lentamente, cogido el niño de la mano, iba llegando a la puerta iluminada por el sol. Al llegar a ese punto, el hombre explotó: “¡No, con el niño, no!”. Ella, con total desparpajo, respondió: “Es que voy con la Pepi y sus hijos, que son muy amiguitos”. “No”, vociferó él, “si vas a robar a Andorra, ve tú sola. El niño se queda aquí viendo cómo su padre trabaja, que es un hombre honrado que vive de su trabajo. Y, si te pilla la Guardia Civil, paga tú la multa y apáñatelas”. Así que el joven que se sentaba a mi lado debía conocerla bien y sabía de su vocación teatral.

El lunes no vinieron a clase ni los hijos de la Pepi, ni la Pepi ni la Reyes. Los habían pillado los civiles en la Seu d'Urgell. Además de decomisarles la mercancía, les habían impuesto



una fuerte multa. Ya sabemos quién costeó la de Reyes, que reapareció por allí el miércoles. “Total, una multa administrativa”, dijo quitándole hierro al tema. Lo que nadie tuvo claro es quién había aflojado la mosca por la otra mujer.

La futura ciudadana modelo siguió robando, con frecuencia acompañada de niños, pero dejó el contrabando. Ya estaba fichada y cada paso de frontera era un calvario para ella. Es decir, que estaba quemada y acabada.

La dictadura del proletariado

Reyes se compró un silbato. Con él, una libreta y un bolígrafo, parecía un guardia urbano sin salacot. Se ponía a la entrada de la escuela para comprobar y denunciar a los maestros que llegaban tarde. “Yo soy la dictadura del proletariado”, iba diciendo. La suya era, desde luego, una dictadura. Y una muy subjetiva e injusta. Un día le tocó a María Ángeles, una maestra cuyo sueño era enseñar. Había tenido tres hijos y regresó a su trabajo en cuanto el menor cumplió los tres años. Pero quedó de nuevo embarazada, así que pasó a tener cuatro niños de entre seis años y unos pocos meses, y se veía obligada a cruzar la ciudad entera todas las mañanas. Así que llegaba tarde con frecuencia. Las compañeras le cubrían las espaldas.

Reyes le lanzó un terrible aviso con el estruendoso silbato y la paró. “Firma aquí”, le ordenó, “que has llegado tarde. ¿Cómo te llamas?”. “María Ángeles”, contestó ella. “¿Qué más? ¡Apellidos!”.

Al minuto, salió María, la conserje, que empezó a cubrirla de reproches: “¿Pero no te da vergüenza? ¿Tienes una casa llena de electrodomésticos, no trabajas, solo tienes un hijo y tu marido no va ni a comer y la tomas con una persona cargada de obligaciones?”. “¿Cómo te apellidas?”, seguía ella, blandiendo la libreta y el boli como si fuesen espadas. Pero las demás nos acercamos para apoyar a María Ángeles con los brazos cruzados y los labios firmemente apretados. Nadie soltó los apellidos de nadie. Furiosa, se fue directa a hablar con el director, que hacía rato que observaba la escena a través la ventana de su despacho. Le dijo: “¡Fírmame esto, que voy a denunciar una maestra que llega tarde!”. Él, con toda su flema, le respondió: “¿Sí? ¿Y quién es? Porque a mí no me consta que nadie haya llegado tarde, no he recibido ninguna queja”. “Estáis todos compinchados”, soltó la *dictadora* fuera de sí, “pero yo tengo cojones y os voy a denunciar a todos. Ya le digo a mi hijo que observe bien a los maestros para denunciarlos si hacen algo malo”. La ciudadana modelo ponía a los maestros bajo sospecha e inducía a su hijo a convertirse en un chivato.

Quince años más tarde, estando de vacaciones en el Valle de Aran, volvíamos de una caminata cuando nos cruzamos con una pareja que preguntó cómo se iba a Canejan. Mientras se lo explicábamos, intervino una voz que me costaba reconocer después de tanto tiempo. “¿Eres María Ángeles”, le dije en cuanto conseguí ubicarla, “la profesora del Enric Morera, en Las Amelias?”. Ella no se acordaba de mí, pero sí de Reyes: “En aquel lugar había una mujer gordinflona, seguramente cocinera, que se empeñó en denunciarme por llegar tarde. Una mujer gritona y engreída, prepotente y muy segura de sí misma. ¡Menuda arpía!”. Quince años después, en un encuentro en un bosque aranés, aquella entrometida



seguía pareciéndole a María Ángeles un tema del que valía la pena hablar. Y es que, en efecto, Reyes denunciaba a las maestras sin motivo y urdía tramas muy refinadas contra sus vecinos. Algunas de sus víctimas padecieron expedientes que implicaron suspensiones de empleo y sueldo. Y ella, que nunca perdía nada, jugaba con sus puestos de trabajo como si fuesen ratoncitos en sus manos. Una arpía, sí. Mientras su tiranía duró, que fue mucho tiempo, nos metió el miedo en el cuerpo.

La patriota

Hija de militares, Reyes tenía claro que con el idioma español se va a todas partes, y que una verdadera “patriota” lo defiende y no habla nunca otra cosa. Así que declaró la guerra a los profesores de idiomas “extranjeros”, ya fuese francés o catalán. Por aquel entonces, el inglés no había aterrizado aún en muchos institutos. A la futura modelo cultural le hubiera dando un infarto.

El primer día de clase, un viernes por la tarde, los chavales gritaban y no paraban quietos. No solo no se calmaban, sino que sacaron una gran bolsa con algo que se movía en su interior. Cuando la abrieron, había decenas de saltamontes que soltaron por la clase, sembrándolos por todas partes. Finalmente, reaccioné. Atrapé el primer saltamontes que encontré, le apreté fuertemente patas y alas y, haciendo una declaración de principios grité a los muchachos: “¡Ningún animal debe morir! Estos saltamontes han entrado vivos y han de salir vivos. Así que quiero a todo el mundo cazando saltamontes y echándolos por la ventana, a la vida”.

Todo el mundo se lanzó a la caza y expulsión con vida de los saltamontes con el mismo entusiasmo con que los habían introducido en el aula. Cuando por fin volvieron la calma y el silencio, pregunté de quién había sido la idea: “¿Cuánto tiempo habéis necesitado para coger tanto bicho?”. “Reyes nos dijo que, como hablamos tan mal el español, porque somos andaluces, lo mejor sería boicotear la clase de francés y no perder el tiempo intentando aprender otro idioma. Nos dijo que lo pensáramos. Y que, como las profesoras de francés serían unas tontas y unas finolis, lo mejor sería llenar la clase de saltamontes para asustarlas”.

Si aquello no hubiera sido tan tremendo, me hubiese reído con ganas. Necesitaron horas de organización y duro trabajo para asustar a la presunta finolis de francés. En el fondo, lo de los muchachos tenía un cierto mérito. Pero el papel de Reyes resultaba funesto para los estudios, además de muy amenazador.

Al empezar el segundo trimestre, el director propuso cambios, porque algunas clases de francés se habían vuelto ingobernables. A mí me asignaron una serie de horas en un sexto curso muy difícil y a su profesora la pasaron a un cuarto. Aquel sexto era un curso indisciplinado, de nivel bajo y con alumnos totalmente desmotivados en materia de idiomas. El caso es que los fui atrayendo poco a poco, a base de recetas de cocina, fotos de Francia y lo que se me fue ocurriendo. Tenía la impresión de que estaban sorprendidos, a la expectativa. Pero, a mediados de febrero, el director nos convocó para decirnos: “¡No puedo más! Vamos a suspender por unos meses las clases de francés y de catalán. La presión tan



tremenda de Reyes y demás padres ha podido conmigo. Por el momento, no más clases de idiomas”.

Diversos padres, conscientes de lo que supone aprender lenguas, estaban preocupados. Fueron a visitar el inspector y expusieron sus razones: “Nuestros hijos irán el año que viene al instituto y van a tener un nivel muy bajo. Han perdido por lo menos un trimestre. Y todo por culpa de una mujer insensata y cateta”.

Llegado el mes de mayo, el inspector había acabado sus diversos expedientes y citó de nuevo a Reyes y compañía. “El catalán y el francés vienen de Madrid, no son un capricho de aquí. Son obligatorios en el marco de los estudios”. La amenazó severamente y este fue el primer peldaño que la condujo a una caída lenta pero imparable. La patriota Reyes estaba fuera de la ley y amenazada por su antaño aliado. Pero aún le quedaban voluntad y armas.

Bolsazos y arañazos

Tras las Olimpiadas de Barcelona, un caluroso día de verano, decidimos subir a Montjuïc. Queríamos tomar el fresco y ver las nuevas obras ya sin multitudes. Allí coincidimos con los conserjes María y Enrique.

Nada mas saludarnos, soltaron: “¿Se acuerdan del día que Reyes le pegó a su marido? Sí, mujer, era a principio de curso. Ella se puso nerviosa y le arreó bolsazo tras bolsazo al marido, con algún zarpazo de vez en cuando. Tenía cuatro zarpazos en la cara, que le sangraban como si fuesen una bandera catalana. Y ella le gritaba: “¡A ver si aprendes quién manda aquí! Aquí mando yo y se hace lo que yo digo”. Él intentaba contenerla, pero daba pasos atrás, zafándose del bolsazo y de las uñas. Y, de paso en paso, llegó a la pared. Una vez allí, Reyes le golpeó hasta quedarse a gusto sin que él respondiese agresivamente en ningún momento. El niño le decía que corriese, que la madre se había vuelto loca e iba a matarlos a los dos. Al fin, pudo intervenir el director, que fue a pedir ayuda a otros hombres. La fueron empujando sin que ella lo notara hasta el despacho, fuera de la vista de los niños. ¡Es que esa mujer le faltaba sesera! ¡Mira que pegar al marido ante todos los niños de la escuela! ¡Por lo menos, respeta al que te está manteniendo y es padre de tu hijo!”.

El conserje añadió, muy sereno: “Ni el marido debe pegar a la mujer, ni la mujer al marido. El respeto debe ser mutuo. ¿O es que solo hay que respetar a una de las partes?”. Aquella fue la última vez que pude hablar con Enrique, un buen hombre que fallecería muy poco después, en un accidente de tráfico. La tarde, poco después de la muerte de Franco, en que Reyes se lió a bolsazos con su marido dio pie a múltiples comentarios. Él quedó como un San José, paciente, resignado y bondadoso, y ella como una mala bruja a la que había que destruir. Hubo incluso mujeres que apostaban que serían capaces de ligarse al hombre en un santiamén, para consolarle de su mala esposa. Otros vaticinaron que aquella pareja sería de las primeras en divorciarse en cuanto pasase a ser legal. Y todos pensamos en cómo hacer justicia.

Un problema que llegó al claustro



Se había convocado un claustro para hablar de los temas de siempre, pero con dos puntos muy destacados en el orden del día: las deudas con el panadero y qué hacer con Reyes, la Cojones (aunque sin referirse a ella por ese nombre, claro está).

Sobre lo primero, se determinó que, dado que el comedor escolar tenía muy pocos niños y eso lo convertía en deficitario, al panadero se le pagaría un tanto por semana hasta saldar la deuda. Lo segundo dio pie a un intenso debate. La profesora del hijo de Reyes explicó que el padre, hecho un mar de ansiedad, había acudido a recoger al niño un lunes a media mañana. Le pedía, por favor, que lo dejara salir de clase. Ella, al ver su estado de ánimo, preparó la cartera y el abrigo del menor y accedió a la petición. Por la tarde, el niño volvió al aula muy tranquilo. La escena del padre sacando el niño a media mañana muy alterado se repitió otras dos veces. La profesora decidió averiguar qué estaba ocurriendo. Lo primero que hizo fue preguntar al niño. La inocente criatura explicó lo siguiente: “No pasa nada, señorita. Solo que mi madre quiere trabajar y mi padre no le deja. Mi madre trabaja en un sofá. Allí recibe a los hombres que duermen. Cuando ya se despiertan, se van. Y a mi papa eso no le gusta nada. Entonces la vamos a buscar allí, a la calle Marina. Ella se enfada, pero se levanta y nos vamos los tres. Y eso es todo. Es que ella dice que mi padre trae muy poco dinero y a ella no le alcanza. Y mi papá le ha prometido que hará muchas horas extras, pero le pide que deje ese trabajo. Eso sí, no sé lo que pasará, porque mi mamá es muy tozuda”.

El claustro determinó que los problemas de pareja los tenían que resolver ellos solos, sin meter el niño por medio y sin hacerle perder horas de clase. El niño no volvería a salir del aula a media mañana. Si la simpatía hacia ella era poca, a partir de ese momento fue nula. ¿Así que además mentía como una cosaca?

Él se hinchó a hacer horas extras y ella, a malgastar el dinero en caprichos. Comidas exquisitas, sobre todo. Cobraba el primer día de cada mes, pagaba deudas y el 15 ya no disponía de un céntimo. Pero llegó un día en que se cortó en seco la situación. El marido le dijo: “Cuanto más me esfuerzo y más horas hago, más dinero tienes tú. ¡Pero vuela igual! Así que ya no me canso más. Dejo de hacer extras. Total, a final de mes, el dinero será el mismo”. Y dejó de hacer horas, pero el malhumor de la pareja aumentó. Llegaron a las manos en público varias veces. Reyes decía, ante las demás mujeres, para darles envidia y mantener su prepotencia, que nadie manejaba a su marido como ella, pero todos éramos conscientes del deterioro acelerado de esa pareja. ¿Por qué se aguantaban? Porque ella no tenía un duro ni un oficio que la permitiese vivir de modo independiente. Eso sí, a astuta no le ganaba nadie.

La ofensiva prepotente

Un día, unas vecinas le preguntaron por qué no trabajaba. Ella les soltó: “Porque yo soy una señora y las señoras no trabajan”. Ellas se rieron a gusto, respondiendo que no es señora quien quiere, sino quien puede, y que si trabajase no tendría tiempo para meterse con todos y hacer de guardiana de la escuela. A la augusta dama no le gustó la respuesta y añadió combustible: esa noche había cocinado una zarzuela de pescado con ingredientes de lujo, los habituales en una carísima zarzuela más otros que ella añadía. También estuvo largo rato perorando sobre su proyecto de comprarse una cristalería de bohemia en cristal azul, no en



blanco, que era más barata, para cuando el alcalde fuese a cenar a su casa. Y luego arremetió contra catalanes y andaluces.

En cuanto al alcalde, la nueva democracia española trajo consigo elecciones. Así que el nuevo alcalde era el cura Luis, vecino suyo y amigo de su marido. El hombre no apreciaba en absoluto a aquella mujer, pero a veces acudía a su casa (muy rara vez se veían fuera) por simple comodidad. Pero ella ya estaba presumiendo de la cristalería que iba a comprar para esas visitas del ilustre alcalde. En cuanto a los andaluces, los retrataba como pobres de solemnidad que solo saben comer pescado, y del malo: azul, como el boquerón. Los catalanes, por su miedo intenso a la pobreza, le parecían obsesionados por ahorrar de cara al futuro. Pero ella no era de provincias, sino de capital, madrileña. Ella sí sabía comer bien y gozar de la vida, no como esos provincianos pobres de dinero y de pensamiento. A los sudamericanos que llegaron más adelante, directamente los mandaba a la selva. “Es para lo único que valen”, opinaba.

Final de la vida feliz

Un día llegó al extremo de inventarse un asesinato en la escuela. Aseguraba que se había producido delante de toda la clase, pero el caso es que nadie lo había visto. La madre de la posible víctima no lo había denunciado. Cuando el inspector preguntaba por separado a los dos denunciadores, había multitud de incongruencias. Finalmente, decidieron que se lo había inventado y le impidieron entrar nunca más en la Delegación de Enseñanza. Cuando iba con sus mujeres (tenía algunas adeptas), les hacían un corrito con vallas y algún guardia. Allí echaba el mitin y los pasquines contra los maestros que fueran. Al terminar, le pedían que se fuese, y si intentaba hacer entrega de algún documento, este se extraviaba por arte de magia. Con el tiempo, dejó de acudir.

Al mismo tiempo, su jefe y leal amigo Pedro se fugó con una maestra con la que venía entendiéndose desde hacía un tiempo. Ella le mantenía y alimentaba a toda la familia. Con su marcha, se quedó sin apoyos y tuvo que reducir notablemente su nivel de agresividad. Pero pronto encontró nuevos objetivos con los que cebarse.

Las colonias

Por aquellos años, a Reyes le surgió una rival, una líder vecinal muy competente. A diferencia de ella, se trataba de una buena persona. Es decir, alguien que comprendía los problemas de otras personas. Era austera, compasiva, nada fullera y se ceñía estrictamente a la verdad. Conseguía apoyos de todos los lados, en especial del Partido Comunista, enfrentado en la ciudad a aquel otro por el que Reyes había acabado apostando. Y a la Cojones no le quedó más opción que hacerse pasar por una buena mujer. Visitaba a familias problemáticas y se iba a servicios sociales a ver si podían echarles una mano. También llenaba cuestionarios y peticiones, pues al parecer tenía la escritura suelta, aunque cometía innumerables faltas de ortografía, así que hay dudas al respecto. Se suele decir que el tuerto



es el rey en el país de los ciegos, y es probable que algo así ocurriese en este caso, porque a Reyes se le conocían muy pocos aciertos prácticos, pero ahí seguía, de líder del barrio.

Le vino de perlas conocer a un chavalín que estaba acabando la carrera de Pedagogía y necesitaba hacer unas prácticas. El Ayuntamiento había propuesto un plan de colonias infantiles al marido de nuestra Cojones. Ellos pagaban la formación y buscarían financiación a través de la Diputación. Y los otros buscaban los niños entre los de Las Amelias, dando prioridad a los mas necesitados.

Efectivamente, el muchacho llegó a graduarse como jefe de colonias y formó un equipo con diversos monitores titulados. Ella iba a la Diputación a cobrar en su nombre. Y los niños acudían como atraídos por imanes, lo cual fue muy positivo para el barrio y para ellos mismos. Con la aparición en escena del estudiante, Reyes pareció experimentar una ola de bondad positiva y colaboró eficazmente con el. Víctor, que así se llamaba, solía decir que ella era mala a parir y astuta como nadie, pero que para él había supuesto una ayuda muy apreciable. Ella aprovechó para vender su nueva imagen de bondad innata e insistir en lo difícil que era organizarlo todo y obtener recursos para que los niños tuviesen sus colonias. La mayoría de esas mujeres creyeron que Reyes había dado un verdadero giro y ahora era una cooperante abnegada y voluntariosa.

Después de su divorcio, volvió a decir por el barrio que ella se iba de vacaciones con los chavales, no de colonias infantiles. Como no estaba titulada y no podía obtener ni permisos ni subvenciones, falsificó la firma de su ex en todos los documentos. Eligió llevarlos a un lugar de playa y, como tenía que calcular cuánto le quedaba a ella tras cubrir gastos, los dejó dos mañanas solos en la arena. Se había hecho un lío con los números, porque restaba a duras penas, y no digamos multiplicar o dividir. No contenta con dejar a los niños solos, que ya era bastante grave, montó aquello con solo tres monitores titulados, porque casi nadie confiaba en ella. Eso sí, los que fueron la querían como a una madre, pero la consideraban una pésima educadora y procuraban tenerla lejos. Los otros acompañantes, no titulados, fueron cobrando. Al final, hubo denuncias cruzadas y allí acabó su caritativa labor de promotora de colonias infantiles.

Y eso que su amiga del Ayuntamiento movió cielo y tierra en su defensa. Pero nadie la apoyó. Algunos de los presentes afirmaron que había cometido errores múltiples que, en algunos casos, podrían haber puesto en peligro la vida o la salud de los niños, de fumar en su presencia a emprender el viaje con muchos menos monitores de los necesarios o dejar a los chavales completamente abandonados. La consecuencia de todo ello fue que se prohibió a su asociación organizar nuevas colonias y a ella se le negó el acceso a la Delegación de la Juventud, que era como se llamaba aquella institución por entonces.

Pese a todo, para muchas mujeres, algún que otro padre y la mayoría de los niños, Reyes era un ser adorable que les había permitido la maravillosa aventura de pasar un tiempo salvaje, pero controlado, lejos de casa.

Las mujeres y el premio



Su íntima amiga del Ayuntamiento sintió mucho su muerte. Sus excesos en la comida le habían causado diabetes, pero ella seguía comiendo y viviendo lo que se le antojaba. Un día sufrió una subida de azúcar que la dejó incapacitada durante tres largos años. Y luego murió.

Entonces la amiga urdió un plan clandestino. Vendió la idea de que había fallecido una mujer modélica, culta, bondadosa y abnegada, y convenció a una asociación de mujeres para que solicitara un premio en su nombre. Luego convenció al Ayuntamiento de que aquello era un clamor de las asociaciones locales y que la difunta bien lo merecía. ¿Qué hacer? ¿Convocar un concurso de mujeres modélicas? ¿Un certamen literario? ¿Crear una fundación que apoyase a estudiantes pobres? Lo que fuese, pero con su nombre bien visible.

Las que la conocían bien se negaron. Pero a su partido le convino sacarse de la manga a una mujer que rivalizara en méritos y liderazgo con aquella otra ya comentada. Y así, a pesar de que la de Reyes era una biografía llena de claroscuros y en gran medida inventada, como hemos contado aquí, las instituciones cerraron los ojos y dieron por buenos sus supuestos méritos, que tenían que ver con alguna acción social en el barrio y con las colonias infantiles, simples nebulosas del pasado.

Así, Reyes, una mujer de muy dudosos méritos y de actitudes nada edificantes, se ha convertido en modelo femenino a seguir por su cultura, feminismo y bondad. Muchos de los que firmaron en su apoyo no saben nada de ella.

Pero el premio sigue. Con su nombre en la cabecera, apoyo público y una dotación económica que saldrá de alguna parte. Ya casi nadie se acuerda de cómo era en realidad Reyes y, peor aún, existe tal confusión interesada sobre su vida, entre lo malo que hizo y lo bueno que se le atribuye, que muchos no saben ni qué creer. Y esa incertidumbre, aunque pueda parecer lo contrario, la favorece, aunque al menos la columna de saber monolítico en torno a esta mujer tenga fisuras. ¿Fue tan maravillosa como algunos dicen?

A ese premio nunca acuden la prensa ni los medios de la ciudad. Les parece muy politizado. Tampoco otros grupos feministas o de mujeres. Todos se preguntan, en el fondo, para qué ensalzar a equívocos modelos cuyas virtudes parecen tan poco sólidas a nada que uno rasca la superficie. ¿Debemos glosar una serie de hazañas femeninas que en realidad parece que no se produjeron? En la historia de las mujeres hay muchos modelos a seguir, personas de mérito y valores que han hecho aportaciones substanciales a la Humanidad en todas sus ramas. Esos, no el de Reyes, son los nombres que debemos escoger para que sean imitados.